

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA
SORTEA ANUALMENTE LIBRETAS DE LA CAJA DE AHORROS PARA FAMILIAS POBRES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 " " " " " 1 pta. " "	
100 " " " " " 5 " " "	
500 " " " " " 25 " " "	
1000 " " " " " 50 " " "	

Paquetes, sin suscripción de 100 núms. 2 ptas.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCIPULOS)

Tirada mensual de este periódico
20.500 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

¡EL MITIN!

Érase una plaza de toros, caro lector, ocupada por una infinidad de seres de la especie humana que se reunieron para oír a unos oradores republicano-democrático-federales-anárquicos-socialistas. Un pisto de todos los diablos.

La multitud estaba ebria de entusiasmo, y en su mayor parte, de otra cosa. Unos hablaban, otros peroraban, aquellos chillaban, los de más allá reñían, estos cantaban con voz chillona y ademán trágico: *A los anfan de la patriiii...*, esos entonaban con voz estentórea y ademán bélico: *Quisiera ver cien curas colgados de un farol...*, detrás de mí un borracho perdido medio pronunciaba aquello de

El pensamiento libre
proclamo en alta voz
y muera el que no piensa
igual que pienso yo.

no faltaba quien palmoteaba porque la función tardaba en empezar, ni quiea muy quedo, muy quedo, murmuraba a mi lado derecho; ¡pobre pueblo! ¡cómo te han puesto!

De pronto la puerta del toril se abrió, y al compás de la gritería, aplausos, silbidos, rebuznos y otras expresiones con que los asistentes manifestaban su devoción por las ideas anticlericales, desfilaron en correcta formación los siguientes tipos: un petimetre de botas forma yankee o yanki es decir, forma omnibus, pantalones anchos y con la raya muy pronunciada, americana sin arrugas y con el correspondiente rabo, y en el ojal una flor llorona, cuello altísimo, blanquísimo y estrechísimo y... nada más, porque cabeza no la tiene, y por eso empecé a describirle por las botas. Después de ese pollo caminaba un hombre mal oliente a tabaco, vino y otras cosas que no son ni lo uno ni lo otro, los pelos en completa anarquía como la cabeza que ocultaban, cayendo parte de ellos sobre algo que yo supongo sería la cara, con certeza no lo puedo asegurar, porque el lugar de las narices está ocupado por un pedazo de carne machacado y acribillado y todo lo demás lo llena el pelo de la barba en constante pelea con el de la cabeza. La indumentaria de este orador es sencillísima: blusa, pantalones y alpargatas, pero lo que en esas prendas había no es para dicho ni para mirarlo ni para olerlo ni para gustarlo. A este digno representante de la humanidad seguía un tío alto, delgado, seco, con levita larga, estrecha y mojada en grasa y otras especies, y con pantalones cortos, apretados y tan untados como la levita; todo su traje era negro y negra la barba y negro el pelo y negros los ojos y negros también sus pensamientos. El cuarto marchaba un ciudadano obeso él, rechoncho él, mofletudo él, que daba gloria verle. El quinto un hombrecillo adornado con un chaqué un tanto raído, y

apretando sus manos, las del hombrecillo se entiende, un rollo de papeles. Después iba un compañero de cara redonda, picada de viruelas y ojos saltones; y en pos de todos D. Basilio Rojo, de rostro cetrino y delgado, ojos negros e inquietos, de piernas largas y débiles, incapaces de sostener el tronco del cuerpo que estaba en completo movimiento para mantenerse en equilibrio.

Llegó toda esa lucida comitiva a un tablado que había en medio del redondel, colocándose el petimetre en el primer puesto de la izquierda, el de los pelos anárquicos en el primero de la derecha, junto al de las botas el de la levita, y pegante a este el señor gordo, en la presidencia D. Basilio, a su derecha el hombrecillo, y entre este y el de las esencias, el picado de viruelas. Todos ellos permanecieron en pie en tanto que desahogaba su fervor el público; inmóviles el de la blusa y su vecino, jadeante el gordo, impacientísimo el largo, sonriente el pollo de la flor, abatido el liliputiense y haciendo reverencias D. Basilio y oxponiéndose con tantas muestras de su finura, a perder el equilibrio que continuamente andaba buscando y dar una voltereta por encima de la mesa que ante sí tenía.

Por fin se calmó el alboroto y todos se sentaron menos D. Basilio que, lanzando el brazo derecho con la mano extendida al frente, al mismo tiempo que echaba la cabeza atrás y clavaba su mirada en el azul del firmamento, dijo:—«Señores...»

Y se ganó el pobre hombre una pita monumental que, por lo inesperada, le sobrecogió y le hizo olvidarse de mantener el equilibrio de su cuerpo, yendo a dar de espaldas contra la barandilla que cerraba el tablado, y fué no pequeña fortuna para él que la tal barandilla era alta, que si solo le hubiese llegado a la cintura, allí hacía don Basilio la primera pirueta del siglo saltando sin quererlo de la tribuna a la candente arena.

Terminada la pita, exclamó uno:—Aquí no hay señores.

—Es verdad, me he equivoquido. Aquí todos somos hermanos...

Nueva y más feroz silba con voces de «¡fuera el neo!», «¡reaccionario!», «¡nos trata como clericales!».

D. Basilio en un arranque desesperado.

—¡Yo neo, yo clerical...! ¡Ah! nunca creí... (aplausos atronadores), nunca creí... (bravos), nunca creí... (nuevos aplausos) que me tratáseis así (desilusión general) ¡Ciudadanos! De este motín (el delegado de la autoridad que es cabo de municipales y está en el palco presidencial se levanta) digo mitin (el delegado se sienta) al que os han convocado todas las fuerzas anticlericales de esta ilustre población va a salir vuestra libertad, (uno que está a mi lado izquierdo y que debe ser muy guasón porque no ha cesado de reírse:—Ya salió la madame) vuestro querer (el mismo:—er) vuestro porvenir (ir) vuestro honor (or) y vuestra salud (ud, borriquito

como tú). Para conseguir fines tan hermosos, tan preciosos y tan... tan... tan... esbeltos, todo sacrificio es poco. Tiene la palabra el ciudadano Fideo, delegado de la juventud democrática.

Se levanta el petimetre y poniendo el brazo izquierdo como si sujetase un violín, y accionando con el derecho como si lo estuviese tocando, lanza sin respirar, lo siguiente:

—¡Oh pueblo que teniendo por trono este coliseo por pedestal la tierra por dosel el firmamento oyes plácido tranquilo atento sosegado humilde confiado al pobre inepto ruin y vulgar sujeto que ahora tiene la alta inmerecida envidiable gloria dicha honra de dirigiros la palabra de manifestaros el pensamiento de enseñaros el camino si quier yo sea un amante entusiasta fervoroso loco si loco por el pueblo que despreciado pisoteado pulverizado esclavizado yace sirviendo de alfombra a los entes privilegiados y por ende aborrecibles horribles terribles insufribles...

Aquí mi pollo no pudo más; había llegado su voz a lo más alto y el aliento se le había concluido. Los oyentes acogieron esta plancha con ruidosas carcajadas. Pero el democrático joven no se desanimó y continuó hablando y el público siguió riéndose. Un gran rato estuvo el pobre Fideo accionando y moviendo los labios entre la jarana de toda aquella oprimida gente; de vez en cuando se oía un chillido que indicaba que el orador había dado la nota más alta y se había quedado sin respiración. Se convenció al fin de que era inútil proseguir y se sentó mohino y cariacontecido quedando todo él como la flor que llevaba en el ojal.

Tranquilizada aquella multitud dió, don Basilio la palabra al ciudadano Alegre delegado del Centro anarquista.

Púsose en pié el de los pelos y levantándolos con las manos, dejó ver dos ojos que feroces se pasearon por todo el concurso, avanzó hasta ponerse junto al democrata y luego con voz aguardentosa dijo:

—Compañeros: Yo... hablo hoy como hablé ayer y como... ¡puño!... hablaré mañana (aplausos). Aquí es menester sangre (aplausos)... mucha sangre (aplausos y bravos)... pero muchísima sangre (grandes aplausos). Por cada gota de nuestro sudor un río de sangre (aplausos atronadores). Sí: ¡puño! un río de sangre de burgueses (aplausos delirantes), de beatos (chillidos), de frailes (chillidos y pataleo), de monjas (chillidos, pataleo y rebuznos del respetable público), y por qué no decirlo... ¡de reyes! (de entusiasmo dándose los asistentes de mojicones, El delegado se levanta, los del pienso silban, don Basilio toca que toca la campanilla.)

Calmado un tanto el barullo dice el delegado:

—Yo no puedo consentir que se ataque a los reyes, y como se les ha atacado y yo vengo aquí a impedir esos desacatos, el que ataque a los reyes por desacato, digo por desacato, será castigado por desacato y como

el señor Alegre ha atacado con desacato a quien debía ser acatado sin desacato y como yo tengo que evitar esos *decatos* y los demás *desatocos*, es decir, no, esos *desatocos*, tampoco...

El jolgorio es indescriptible. El pobre cabo de la guardia municipal hecho un lío con las palabras atacado, acatado y desacato, perdió el hilo del discurso y por más esfuerzos que hizo no pudo dar con él. Saltó de su ridícula situación diciendo:

—En resumidas cuentas: estando prohibido el *acatar* a las personas reales y debiendo todo el mundo *atacarlas* (*Nuevo pitorreo*).

D. Basilio le interrumpe:

—El señor *delegido* ha entendado mal (*grandes risas*). El ciudadano Alegre no habló de *reyes* sino de *bueyes*.

El delegado:

—Con esa explicación me conformo. Quitado el... ataque... eso es, ya no hay... desacato... eso es, porque yo no toleraré nunca que las personas reales sean... atacadas... eso es, sino...

El ciudadano Alegre:

—¡Puño!... que un hombre... ¡re-tepuño!... la persona más respetable de todo el sistema planetario... ¡puño!... le obliguen a pararse en su *piroración*. (*Aplausos*) ¡Puño!

Y como a cada *puño* que dice, dá con él en la ligera barandilla esta cada vez se halla más insegura.

—Esto un hombre como yo de *diznidá*, de progreso, de química y púpila no lo aguanta ¡puño!

Aquí levantó ambas manos, las ocultó entre sus enmarañados pelos y poniendo los ojos en blanco añadió:

—¡Oh anarquía, anarquía, anarquía, salvanos! y nos salvará, ¡puño!

Y del puñetazo que pegó en la barandilla se desmoronó la mayor parte de ella, con gran regocijo del público.

—¡Como cayó este tinglado así caerá lo existente ¡puño!

Y con él, a falta de barandilla sobre quien descargar, dió un golpe horroroso al pobre Fideo que estaba cabizbajo y meditabundo. Ovación al golpe oratorio y al golpe que recibió el demócrata.

D. Basilio:

—El ciudadano Pimentera tiene la palabra.

Este ciudadano es el largo y estrecho, y apenas D. Basilio había pronunciado la primera palabra, ya el señor Pimentera, pegando un salto, se había puesto en pie, y sin avanzar al sitio que los anteriores charlatanes habían ocupado, empezó a discursar.

El buen señor no está un momento quieto, y es tal su agitación, que los faldones de la levita bailan a más y mejor y hacen reír a los de buen humor que asisten al *mitin*.

Ciudadanos: Dejadme cantar (*lanza los dos brazos a un tiempo al frente con peligro del joven Fideo que sigue en su marasmo*) un himno (*los dos brazos suben sobre su cabeza con gran violencia*) a la libertad (*bajan los dos brazos con la misma violencia*). Dejadme entonar (*los brazos al frente*) una endecha (*los brazos arriba*) al progreso (*los brazos abajo y así sucesivamente*). Dejadme salmodiar (*bronca monumental*). Pimentera queda con los brazos por el aire todo lo que dura el alboroto) una copla a la igualdad. La libertad es el hacha que rompe las cadenas; el progreso es el sol que calienta el espíritu; la igualdad es el consuelo de la humanidad. La libertad, el progreso, la igualdad se identifican porque si quitáis la libertad ¿qué queda?, si quitáis el progreso ¿qué queda?, si quitáis la igualdad ¿qué queda? (*Alegre lanza un bostezo fenomenal señal de su aburrimiento, que regocija al público e irrita a Pimentera, el cual furioso continúa perorando*) ¡La Inquisición!

Los brazos de Pimentera van a pegar en la cara de Fideo con tal impetu que, a poco más, dan con él en tierra, y a renglón seguido cae sobre el infeliz una lluvia de golpes, porque Pimentera se excitó con el bostezo de Alegre, y ya no guarda regularidad en el movimiento de los brazos, sino que andan ambos como las aspas de los molinos.

Las risas que esto produce y las disquisiciones filosóficas del orador acerca del Santo Oficio, hacen que el alboroto sea cada vez mayor, hasta que Pimentera opta por el prudente partido de terminar su arenga y sentarse.

—El ciudadano Pindaro tiene la palabra— dijo D. Basilio.

Avanzó el hombrecillo hasta el límite de la plataforma y previa una reverencia, a voz en grito soltó todo lo que sigue:

¿Qué quiere de nosotros, qué quiere de vosotros, qué quiere de los otros, la negra reacción?
¿Qué quiere, qué pretende, qué intenta, qué desea, qué ansía, tan infame, tan turbio fantasmón?
¿Qué quiere, sí, qué quiere, cuando en silencio (avanza muy quedo, muy quedito, sin casi respirar?)
¿Qué quiere, sí, qué quiere, cuando en nosotros fija sus ojos de lechuza, de lánguido mirar?
¿Qué quiere, sí, qué quiere cuando con loco empuño (peño en sus espesas sombras, nos trata de envolver?)
¿Qué quiere, sí, qué quiere, cuando con mano livida, huesosa, descarnada, nos trata de coger?

El pobre vate al llegar a este punto se paró en seco, tosió una vez, y luego otra y otra, golpeó ligeramente con un pie el suelo, miró al cielo, paseó la mano derecha por la frente... y nada: la respuesta se la había llevado sin duda la reacción. El público siempre crüel empezaba a reirse del poeta, cuando a mi vecino el guasón se le ocurrió decir:—¿Qué quiere, hombre, qué quiere?— con lo que la gente rompió en ruidosa carcajada y el hombrecillo, todo acelerado, desenvolvió el rollo de papeles y clavando la vista en lo primero que vió escrito, leyó con el mismo tono levantado que hasta entonces:

Chorizos y morcillas y salchichas,
lentejas y garbanzos y patatas
melones y sandías y batatas...

No pudo seguir el hombre: notó con horror que estaba leyendo un anuncio que había compuesto para anunciar su tienda de comestibles y cayó desmayado, mientras los oyentes reían a más no poder la plancha del comerciante poeta.

Y con ella dió fin la reunión, porque don Basilio comprendió que cualquiera que intentara hablar, sería interrumpido con aquello de

¿Qué quiere, sí, qué quiere la negra reacción?
Chorizos y morcillas y salchichas
lentejas y garbanzos y patatas
melones y sandías y batatas...

que era lo que estaba en boca de todos.

MAESE PEDRO.

LA BARBARIE EN ESPAÑA

Don Alfonso ha sido víctima de otro atentado. En una de las fiestas más solemnes y brillantes para la Patria, un criminal quiso quitarle la vida. Gracias a Dios salió ileso.

Nosotros protestamos con todas las fuerzas del alma contra ese acto de barbarie, de iniquidad, de salvajismo. Dios quiera que ello sirva de lección para los gobernantes débiles, flacos, que vacilan en el castigo justo, que tiemblan como mujerzuelas en el reprimir los abusos.

Eso no es una casualidad. Es una consecuencia. Tiene su origen, su causa: el brazo no empuña el puñal ni dispara la pistola ciegamente. Hay una idea, un impulso, una fuerza interior que se ha amamantado, que se ha nutrido en la mente, en el corazón y que es lo que pone en movimiento el brazo homicida. Los lobos no nacen en la calle, tienen su guarida, la cueva hedionda de sus intentos macabros. No basta, pues, el castigo del crimi-

nal: es necesario el exterminio de las ideas que les empujan.

Pero que se abran escuelas sin Catecismo, que se dé libertad a prensa impía, a libros inmorales, a campañas escandalosas, y cada día lamentaremos con lloros inútiles la invasión terrible y amenazante de los modernos bárbaros.

Nosotros nos alegramos de que saliera ileso el Jefe del Estado, pero vemos en el suceso una lección.

¡Una lección dura, terrible, contra las debilidades de los Gobiernos!

Mañana nos dirá Romanones que España es un lago encantado. Y resulta que la vida es imposible, porque estamos conviviendo con bandidos.

Y es que, cuando se vulneran las conciencias y no se doblan las rodillas ante los altares, lo primero que amenaza ruina y bambolea y tiembla es el trono.

¿Cómo se han de respetar los tronos si se blasfema de Dios?

¡Estamos en la boca de un abismo!

LACTANCIO.

RICOS Y PORRES

Cien veces calculaba sus negocios antes de ir a acostarse, no a dormir; y un mendigo a la puerta acurrucado dormía con tranquilo sonreír.

A este pobre feliz nada le falta; aquél se apura porque todo sobre; ¡qué pobre es este rico!
¡qué rico es este pobre!

EL CRUZADO.

SECCIÓN AGRÍCOLA

El socialismo en los campos

Desde que la asociación católica ha declarado guerra a muerte al socialismo en las ciudades, luchando a brazo partido con los defensores de la *sociedad socializada*, los obreros revolucionarios ponen singular empeño en seducir a los trabajadores campesinos, los cuales, por su instrucción deficiente y por su condición, bien menesterosa por cierto, parecen materia fácilmente conquistable. Aspiran los socialistas a producir la revolución social precisamente con estos obreros del campo, vejados y oprimidos por el capitalismo y la usura; sueñan con una espantosa conflagración rural que lleve por doquier el hambre, la miseria y la muerte; y corrompiendo la población agrícola, quieren lanzarla a modo de fermento sobre la sociedad para conseguir el universal cataclismo, aurora de la nueva vida.

Es éste un grave peligro que conviene atajar a todo trance. Los obreros del campo son tal vez la parte más sana del proletariado: las costumbres morigeradas, el vigor físico y el amor al trabajo, son cualidades que, desgraciadamente, no abundan en las grandes poblaciones, víctimas de peligrosa decadencia física, moral e intelectual. Los trabajadores del campo, ordinariamente muy dados a las prácticas de la Religión, que es fundamento solidísimo de la virtud, no han sido aún contaminados por los errores modernos, y allí donde tienen un pedazo de pan, viven más felices que los partidarios de la *emancipación* socialista. Las grandes ideas de religión, patria, familia y propiedad que los socialistas quieren destruir, son precisamente las que guían los actos de los obreros agrícolas, ligando al

hombre con suaves lazos a un hogar pacífico y honrado.

Los socialistas de las grandes ciudades aspiran a destruir esta paz, que es la gran felicidad de la pobreza, comprometiendo a los obreros agrícolas en una lucha desatentada contra el capital, en la que siempre serían ellos los vencidos. Los eternos descontentos del taller, los economistas de cafés y tabernas, los ambiciosos oportunistas que aspiran a escalar altos puestos a costa de los proletarios, los que nunca han visto más campo que el jardín raquítico, ni conocen las virtudes domésticas, quieren por todos los medios atraerse a los trabajadores campesinos para poder pescar en el río revuelto de los motines y asonadas. Cuiden los obreros agrícolas de no dejarse engañar por estos falsos oráculos, que predicán bienes sin cuento con el execrable fin de lanzar a la clase obrera por un camino lleno de peligros y de males.

Los católicos ya procuran poner cuanto está de su parte para evitar el grave daño que los socialistas intentan hacer a la clase primariamente productora. Con sumo placer vemos todos los días aumentar el número de las sociedades agrícolas, verdaderos gremios de labradores cristianos, donde éstos encuentran muchos y grandes beneficios. Los labradores agremiados se protegen mutuamente, se auxilian en sus necesidades, se educan e instruyen y procuran siempre mejorar su condición. Estos gremios sostienen diversas instituciones de previsión y de seguro, cooperativas, cajas de retiro, etc., etc., con las que se libran del infame parasitismo usurario.

Mientras estas asociaciones cristianas existan, no hay que temer la intrusión del socialismo en el campo. Urge, pues, que los católicos amantes de los obreros procuren multiplicar los gremios agrícolas verdaderamente cristianos, para bien de los individuos que a ellos pertenecen y de la sociedad a cuya vida contribuyen.

DEFINICIONES SOCIALISTAS

—¿Qué es socialismo?

—Una farsa, en la que los actores—jefes socialistas—cobran y en la que el público—masa socialista—paga.

—Y los jefes esos ¿quiénes son?

Vividores que estudian o han acabado la carrera de burgués, astros de infima cuantía que, no pudiendo brillar con luz propia en otra parte, se van con su gramática roja a ejercer entre el proletariado la antigua máxima que dice: en país de ciegos, el tuerto es el rey.

—¿Por qué dice V. eso?

—Porque basta abrir los ojos para verlo; porque no hay jefe socialista que no medre, mientras la masa está cada día más pobre.

—Y aquella masa ¿qué es?

—Una masa dócil, crédula, buena, sumida en la ignorancia por sus propios jefes y que se deja manejar, robar y alcoholizar por ellos.

—Y ¿qué hace esa masa que no desprecia a esos hombres?

—Ya los va despreciando. Los que de buena fe *entraron*, van ya *saliendo*.

—¿Cuántos hospitales han fundado los socialistas?

—Ninguno.

—¿Cuántos asilos de ancianos y de niños?

—Ninguno.

—¿Cuántos patronatos?

—Ninguno.

—¿Qué rasgo de *humanismo* hay en la historia socialista?

—Ninguno.

—En cambio ¿cuántos se han enriquecido con el socialismo?

—Muchos que hoy son fabricantes, caseros, comerciantes, rentistas.

—Dicen los socialistas, que cuando ellos invadan el poder político cambiará la faz del mundo y la felicidad será completa, total y absoluta. ¿Es cierto?

—No, señor. Ahí está la República francesa, donde son y han sido socialistas, como los de España, ministros, gobernadores, alcaldes, jueces, presidentes de Cámaras, etc., donde el socialismo ha puesto espíritu y cuerpo en la administración pública. Pues bien: Francia es un país podrido, muerto, repulsivo, esclavo del favoritismo, de la desigualdad, de la tiranía, del saqueo, de la porquería.

—¿Qué más?

—¿Le parece a V. poco? D. D.

REFLEXIONEMOS

Humanamente pensando, ¿nos conviene ser católicos? Veámoslo.

El obrero sin fe.—Con rostro airado, la mirada torva, ceñudo y pensativo, con el pecho repleto de ambiciones, odios y venganzas, se agita en medio de la sociedad, sin fe, amor ni esperanza, consumiendo sus energías en el eterno suspirar por la dicha de satisfacer todos los apetitos de la carne y disfrutar de todos los goces mundanos que, según él, poseen los capitalistas.

Los ojos se le inyectan en sangre cuando contempla los edificios de los ricos. se enfurece viendo los lujosos trenes que los conducen a paseo; en las puertas de los teatros, cafés, clubs y en todas las diversiones los contempla con ira, no porque a él no le guste el placer, sino porque no puede gozarlo.

El taller es su cárcel, el patrono un déspota, un opresor tirano que chupa su sangre; sus compañeros unos imbéciles (los que no piensan como él) que se dejan esclavizar por un burgués, y los acusa de ser culpables del malestar del proletariado.

Su hogar no es lugar donde impera la paz y la tranquilidad; todo es desorden, confusión; la esposa es tratada como esclava; los hijos, con una enseñanza sin Dios, se educan pésimamente a fuerza de palos; él quiere ser el amo y señor y a todos trata con desprecio y con el látigo; no hay amor, no hay alegría y huye de su casa como de un manicomio.

Las horas que debiera dedicar al descanso y recuperar fuerzas para el trabajo, son mal empleadas en su *Centro de cultura* donde se maldice de Dios, de la autoridad y de todo lo que constituye obstáculo a la libertad sin trabas, de la que se cree con derecho a disfrutar; allí es donde da expansión a su odio y habla recio y fuerte contra el capital; está en su centro; está con los únicos amigos que tiene.

La sociedad le desprecia; si se encuentra en algún trance apurado, nadie se acuerda de él; sus mismos amigos le abandonan, y cuando quiere mirar más allá de la vida, no encuentra más que una miserable tumba y después la nada.

Tal es la vida del obrero sin fe, vive maldiciendo la hora en que nació, siempre en lucha por su ambición de goces, sin amor, paz ni tranquilidad en su familia, despreciado de la sociedad y sin el menor asomo de esperanza de que sean recompensadas sus desdichas en ultratumba.

El obrero creyente.—Resignado con su suerte, sabe que Dios castigó a nuestros pri-

meros padres, por su pecado a ganarse el pan con el sudor de su rostro y obedeciendo esta Ley, sufre las mil contrariedades a que está sujeta la vida del que no posee bienes de fortuna.

Cuando contempla los despilfarros de los que emplean sus bienes en orgías escandalosas, en embrutecedoras comedias, llevando una vida libertina y desordenada, lejos de envidiarles, compadécese de su locura en malgastar la fortuna que Dios les concedió para que bien la administraran, y de proporcionarse la ruina en este mundo y la condenación eterna.

El taller es para el obrero católico, lugar sagrado donde se gana el sustento para la familia, procurando cumplir como bueno porque sabe que tiene este deber; trata a sus compañeros con afabilidad, como a hermanos suyos, y respeta al patrono como a un padre, siempre que cumpla como corresponde.

En su hogar reina la tranquilidad más completa; la mujer es aceptada como compañera y tratada con cariño; los hijos están sumisos y obedientes; todo es amor, alegría, él lleva las contrariedades con paciencia porque dimanan de Dios, encontrando la paz y la dicha en el descanso, al calor del mútuo afecto entre los suyos.

La sociedad estima al obrero cristiano; si se encuentra apurado, le visitan sus amigos y es socorrido por las almas caritativas que emplean parte de su fortuna como Dios manda en bien del necesitado.

Y cuando la muerte llama a su puerta no la teme, porque, puesta su confianza en el cielo, espera encontrar la recompensa en la mansión de los justos, prometida a los que perseveren hasta el fin en el seno de la Iglesia Católica.

Esta es la vida del obrero creyente, vive fiel y obediente sin maldecir su suerte, en gracia de Dios, con paz y tranquilidad en su familia, amado hasta de sus enemigos y con la esperanza del bienestar eterno.

Comparad, obreros, y decidme si no es lamentable que muchos hermanos nuestros se pierdan.

Nosotros, los que tenemos la dicha de ser católicos, debemos trabajar por presentar este cuadro comparativo a los que no piensan como nosotros, y atraerlos con cariño al disfrute de nuestro bien.

Constituyámonos en apóstoles sociales y conquistemos muchos compañeros nuestros que vean claramente la diferencia notable que existe entre el obrero sin fe y el obrero creyente.

FRANCISCO DAMIÁ
(obrero de Valencia)

No es posible tenerlo todo

...Y dije al labrador:

—¿Tienes una vaca?

Me miró sorprendido, y respondió:

—¡Muchas... y muy hermosas!

—¿Qué les das de comer?

—¡Vaya una pregunta!... Eso depende de las estaciones!... Heno, zanahoria, remolacha, pulpa; en verano, las envío a mis prados...

—¿Y si te obligasen a darles pulpa... nada más que pulpa?... ¿o heno, nada más que heno?...

El labrador se encogió de hombros.

—¿Pulpa obligatoria?, entonces, ¡qué gracioso!... ¿Quién? ¿Con qué derecho...? ¿Y cómo se me podría imponer un régimen para mis vacas?

—¿En mi casa yo soy el amo... supongo?

—Pero, en fin, ¿si alguno te ordenase enviarlas a pastar a un prado más bien que a otro?

—¡Pues bien! A ese alguno... soy

yo quien de un puntapié en alguna parte.. le enviaría a pastar! ¿Entiende usted?...

¡Oh, perfectamente!...

Y dije al Labrador:

—¿Tienes un caballo...?

—¡Y también un potro!

—¿Y este potro, qué quieres hacer con él...?

—Venderle, para montarle, y por eso yo mismo lo domo.

—¿Cómo lo domas...?

—Todas las mañanas lo saco a la mano, después a la cuerda corta, más larga, y muy larga; yo le hago marchar, correr, trotar, galopar alrededor de mí. Mañana yo le pondré su primer collarón en la espalda.

—Y si, repentinamente, un extraño viniera a decirte: «¡usted no entiende nada...! yo me apodero de su potro, yo me lo llevo y voy a educarlo a mi manera», ¿qué harías?

—Yo diría bonitamente a ese impertinente: «¡Ven aquí, gazapo!... ¡Pero ven pronto! ¡Solamente antes te aconsejo una pequeña precaución!.. Cuenta tus huesos, porque tengo una buena y vieja horca que arde en deseo de clavar sus dientes sobre tu esqueleto de ratero!...

—Entonces, ¿de ese modo defenderías tu caballo?...

—¡Eso es!

Y dije al Labrador:

—¿Tienes por casualidad un cerdo?

—¡Tengo quince!

—¿Están gordos?

—Juzgue usted mismo...

El Labrador abrió la puerta, y vi entre la menuda paja masas rosadas y rubias, gruñendo, con sus ojillos que se ocultaban bajo las grandes orejas. El hombre acarició algunos de los animales, y en la sombra se oyó un sordo gruñido de satisfacción y de envidia.

—¿Cómo crías tus cerdos? ¿Con agua de fregar?

—¡Y, sobre todo, con patatas!

—Yo dí un salto, sabiendo que las patatas están tan caras este año.

—¿Das patatas a tus cerdos?

Me miró con mucha calma.

—¡Perfectamente!

—¿Las podridas, las malas?

—¡Qué disparate! Muy buenas patatas. Pruebe usted mismo.

Me enseñó, amontonada en una grande marmita de latón, una montaña de patatas cocidas, enteras.

—¿Me permite usted?...

Acepté una. Estaba exquisita.

—¡Vaya una gracia!... ¡Dar estas patatas a los cerdos!

—Dispense usted... ¿pero es usted quien lo paga?

—¡Claro que no!

—¡Pues bien, querido amigo! Yo crío mis cerdos como me place.

Entonces me ocurrió una idea, y dije al Labrador:

—¿Crías tus vacas como quieres?...

—Sí...

—¿Tu caballo como quieres?...

Sí...

—¿Tu cerdo como quieres?...

—Sí...

—¿Y a tus hijos?...

El Labrador se rascó la cabeza... no había pensado en esto...

Enfrente de nosotros, al otro lado de la calle, una grande escuela, rematada por una cruz, entristecía la plaza con sus ventanas y sus puertas cerradas... (1)

—Aquí había religiosas...—le dije —¿Se han marchado...?

—Sí...

—¿Y tú querías que se marchasen?

—¡De ningún modo!

—¿Y ahora tus hijos van allá bajo... a la laica?

—Sí...

—¿A la laica, donde se come carne de cura?

—Sí...

—¿Es el alimento que tú deseas para ellos?... ¿Es elección tuya? ¿Son de tu opinión?...

—¡De ninguna manera, al contrario!

—¿Pues entonces?

Vaciló un instante, como si del fondo de su ser oyese una protesta lejana; pero pronto volvió a tomar su sonrisa beatífica, su expresión satisfecha.

—¡Qué quiere usted! Es preciso hacer algún sacrificio en la vida.

—¡!!!

—No es posible tenerlo todo, no es verdad?...

PIERRE L' ERMITE.

(1) A esto se pretende llegar en España cumpliendo acuerdos masonicos. El plan que para ello se sigue es idéntico al de Francia ¿hemos de consentirlo católicos y patriotas? ¡Juremos que no! (N. de la R.)

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJON

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez á una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables á la vista.—El 3 y medio por 100 anual á las imposiciones reembolsables á los seis meses —El 4 por 100 anual á las imposiciones reembolsables á doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.580.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 á 12 y de 3 á 6

Imp. de Lino V. Sangenis.-Gijón

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de alfilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas ó correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok ó solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, luceras, bajadas de aguas, tubería, parrillas etc.

UN BOFETON ILÓGICO

—Papá, decía el joven Arturo, ¿es verdad que nosotros descendemos del mono?

—Sí, hijo mío, sí; hoy está confirmado por la ciencia que nuestro organismo es originario del mono, y que ha venido perfeccionándose constantemente hasta ahora.

—Entonces, papá, ¿yo me acerco menos al mono que tú, no es verdad?

La respuesta del padre fué un soberbio bofetón, acompañado de estas palabras:

—Para que aprendas a no llamarme mono...

—¡Esta es la lógica, papá!

Cuántos papás como éste se tienen por sabios y no entienden una pizca de lógica. H. P.

Correspondencia administrativa

Sr. D. V. B.—Madrid.—Pagó a fin Junio 1913.

Sr. D. J. J. A.—P. de S. L. O. Madrid.—Id. id. Sra. D.^a C. M. G.—El Pino.—Id. id. Mayo 1913.

Sres. D.^{as} T. P. y D. T. C.—Ciaño.—Id. a fin 1913.

Sr. D. M. [G.] C.—Ciaño.—Id. a fin Julio 1913.

Sres. H. de R. C.—Laviana.—Id. id. id. R. P. Fray D. L.—Lucena. Id. id. Julio de 1912.